

surgido con motivo del IV Centenario de la publicación del *Quijote*, también lo es que, para confeccionar la programación, no se recurrió a formular encargos para la ocasión. Así, alguno de los *Quijotes* es de reciente creación, pero la mayoría hace años que vienen representándose en América Latina. Lo que se ha visto en España es, pues, una muestra suficientemente amplia de la visión que tienen los teatreros del otro lado del charco de ese personaje que, desde su nacimiento, ha sido patrimonio común de la comunidad iberoamericana.

De Cuba vino El Mirón Cubano, compañía con cuarenta y dos años de historia a sus espaldas, treinta de ellos haciendo teatro de sala y los doce últimos, de calle. En pleno tránsito de una a otra modalidad nació *De la extraña y anacrónica aventura de Don Quijote en una ínsula del Caribe y otros sucesos dignos de saberse y representarse*. Espectáculo que, por cierto, no fue estrenado en Cuba, sino en La Coruña. Como si todavía no hubieran roto del todo las amarras con el escenario fijo, una parte de la representación se desarrolla ante el público que ocupa sus asientos y otra, haciendo un recorrido por los alrededores. El tejedor de la historia que se cuenta fue Albio Paz, recientemente fallecido. Arrojado por una música vibrante y bailes populares, el texto reúne fragmentos del *Quijote* y narraciones de Onelio Jorge Cardoso, el mejor cuentero cubano del pasado siglo. El resultado es una jugosa aventura soñada por don Quijote y Sancho que les lleva a una isla caribeña en la que asisten a una función de títeres. En ella, un burro que simboliza el poder no deja de fustigar a un alegre pajarito danzarín. El Caballero, creyendo que aquello no es representación sino realidad, interviene, transformando a la indefensa víctima en su amada Dulcinea. Hay pelea y la consiguiente paliza, tras la que caballero y escudero despiertan y siguen haciendo lo que en la novela está escrito. El viaje a otro escenario geográfico sitúa a los personajes manchegos en unas coordenadas culturales distintas, en las que el aldeano, sin dejar de serlo, es denominado guajiro.

También es teatro de calle *¡Quijote!*, espectáculo ofrecido por la compañía Teatro Núcleo, creada en 1974 en Buenos Aires y asentada, apenas cuatro años después, en la ciudad italiana de Ferrara. No es un dato intrascendente, como tampoco lo es que el eje de su actividad sea la investigación sobre el arte del actor y la del teatro como ritual. Ambas circunstancias configuran un espectáculo al que las aportaciones de unos y otros y el empleo de elementos extraídos de fuentes diversas le dan un cierto aspecto de Babel artística. Alguien lo ha des-

crito con estas palabras: «Quijote y Sancho, héroes legendarios, vuelven a vivir y, a caballo de sus improbables animales mecánicos, acometen extraordinarias aventuras. Es espectáculo con un ritmo sostenido, una fiesta teatral donde tragedia y comedia se suceden y se funden. Los aldeanos ridiculizan los sueños del Caballero de la Triste Figura por medio de una danza continua donde se entrelazan elementos del *folklore* con agua, fuego y pirotecnia. Quijote lucha en nombre de sus ideales caballerescos, sufre burlas malignas, defiende a su amada Dulcinea contra demonios y espectros, afrontando al final, impávido, un gigantesco molino. Sancho, incapaz de resistir al llamado de sus orígenes, abandona a su patrón seducido por los placeres terrenos, que culminan en una bacanal orgiástica». Teatro Núcleo tiene algún parentesco con Comediants en lo que a fantasía e imaginación se refiere, pero su *¡Quijote!* posee un toque de crueldad que no existe en los espectáculos de la compañía catalana.

Perro Teatro, de México, mostró un Quijote tan entrañable como su título —*Señor Quijote mío*—, apto para todos los públicos, en el que cuatro actores, sirviéndose de técnicas propias de la Commedia dell'Arte y del mundo de los payasos, escenifican algunos episodios de la novela en los que, en opinión de Gilberto Guerrero, director la compañía, se refleja mejor su preciado tesoro utópico y su profundo espíritu humanista. Hubo también un monólogo, *La originalísima historia del justiciero enmascarado*, escrito y protagonizado por el polifacético actor costarricense Rubén Pagura. Su Quijote es un ciudadano de nuestro tiempo, granjero jubilado muy aficionado a esos modernos libros de caballería que son las novelas de *cowboys*, que vive en un pueblecito de Texas. Tras los atentados del 11-S, responde positivamente a la llamada del Presidente de los Estados Unidos para emprender la cruzada contra el Eje del Mal. Se echa, como don Quijote, a los caminos para luchar por la libertad y hacer justicia. El Sancho de esta historia es un espalda mojada mexicano que, a cambio de servirle, espera conseguir no una ínsula, sino un permiso de trabajo. Dulcinea es una cabaretera y, los Duques, los dueños de un rancho histórico-turístico. Monólogo y parodia, en fin. Una fórmula teatral de siempre, cuyo éxito depende de la calidad de los actores y de sus recursos para acercarse al público. Si en España el Brujo se ha disfrazado de juglar, Pagura ha preferido hacerlo de personaje de cómic.

Desde la conciencia de que *El Quijote* es un desafío para el teatro, la Candelaria, la veterana y prestigiosa compañía colombiana, han

ofrecido una versión que se ajusta al contenido de la novela, aunque su texto no imita ni resume el de Cervantes, sino que recupera voces antiguas que quedaron atrapadas en la memoria del pueblo colombiano. A lo largo de doce cuadros el espectador asiste, entre otros episodios, al diálogo de los encantamientos, a la aventura de los leones, al encuentro con Dulcinea y luego con los Duques, a la aparición del Mago Merlín, a los consejos que recibe Sancho para gobernar la ínsula y a la forma en que lo hace cuando ya es gobernador, al encuentro con los comediantes, a los azotes que recibe el escudero, a la aventura de la princesa Micomicona y, en fin, al encuentro del Caballero con la procesión de una Virgen, a la que confunde con una dama dolorida, aventura que concluye recibiendo una paliza, tras la que es enjaulado y devuelto a su aldea. El acierto de Santiago García, fundador de La Candelaria y maestro indiscutible de generaciones de profesionales de la escena iberoamericana, ha sido haber envuelto su selección de textos con lo que el teatro tiene de mágico. El resultado es un espectáculo festivo e irónico que se propone mostrar a la actual sociedad la necesidad de la utopía como mejor vía para hacer frente a las adversidades.

Dos compañías brasileñas, Pia Fraus y Parlapatões, unieron sus esfuerzos para ofrecer *Farsa Quixotesca*, un espectáculo bello, desenfadado y atrevido. Hugo Possolo, su autor y director, escenifica la visión que tiene Dulcinea de don Quijote, un personaje que se desdobra en tres: el Caballero de los Espejos, el de los Leones y el de la Triste Figura. Uno de aire dramático, otro de corte clásico y, el tercero, con la cabeza algo perdida. Cada cual con su vestimenta, su caballo y su escudero, pues también son tres los Sanchos. Cuando los Quijotes se encuentran, cada uno de ellos proclama ser el verdadero. Digno final para una obra que versa sobre la locura del protagonista y que pretende convencernos de que todos estamos un poco locos. Si alguien lo duda o lo niega y se pretende normal, el autor viene a decirle que, tarde o temprano, dejará de serlo al ver cuán locos están los demás. También advierte que la locura es sana porque está íntimamente ligada al humor. ¿O no es cierto que la forma anárquica con la que un loco aborda su relación con la sociedad es motivo de risa? Locura, fingida o no, y humor pululan por un escenario limitado por espectaculares aspas metálicas. En él, los actores declaman, danzan, hacen ejercicios malabares, ocultan sus rostros bajo máscaras, manipulan marionetas y encienden hogueras, creando un lenguaje visual que cautiva a los espectadores.